

Aventuras literarias:  
**LAS EXTRAÑAS NOTAS  
DEL PRESIDARIO**

María Ángeles Chavarría





*Mi agradecimiento a la Biblioteca de San Miguel de los  
Reyes, en concreto al académico Josep Lluís Doménech, por  
facilitarme el acceso a las instalaciones y procurarme la  
documentación necesaria.*



## 1 LA FUERZA DE UN IDEAL, LA AUTOESTIMA Y LA IMAGINACIÓN. *EL QUIJOTE. LA FUENTE DE LA EDAD*

*Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve; que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.*

MIGUEL DE CERVANTES (*Don Quijote de la Mancha*)

*—Yo lo que digo, mancebos, es que la vida no es lo que es en sí misma, sino lo que uno imagina que es. Y en darse cuenta de ello, es donde el hombre decide su sentido. Hay que zascandilear mucho para no perderse en las miserias diarias. Yo jamás hice lo que vi que hacían los otros, sólo lo que me dio la real gana.*

LUIS MATEO DÍEZ (*La fuente de la edad*)

Es curioso cómo nos afecta un comentario de los demás. Alguien querido arremete contra nosotros y ¡puff!, el mundo se desmorona. Nuestros valores se tambalean cuando la autoestima está destemplada. Y nosotros... Nosotros nos convertimos en juguetes de feria a quienes se les ha acabado la batería.

Las emociones mueven el mundo y la mayoría de los mortales, los que al menos no somos fríos y distantes, nos dejamos arrastrar por un instante de rabia, fracaso o desolación.

Me preguntaba por qué todas las ilusiones de una persona pueden irse al traste en un segundo. En serio, ¿podían influir

tanto unas palabras dichas sin el más mínimo fundamento solo pronunciadas para herir a otra persona?

Por eso me refugié en los libros. Quería tener una segunda opinión.

Yo fui una niña frágil, aparentemente. Fui el dardo de envidiosos y abusones. A nadie le gustaba que pensara con voz propia ni siquiera aunque esa voz permaneciera callada, pues ya me guardaba mucho de manifestarme. Pero, eso sí, no me dejaba manipular.

Por eso, en realidad, parecía frágil; pero iba a la mía, por mi camino, por mi senda de palabras y mis confidentes invisibles: los libros.

Y esto me sirvió cuando me convertí en una adolescente, confusa y vulnerable.

En ese momento entró William en mi vida. Justo cuando acababa de cumplir diecisiete años.

Él era ese chico que yo jamás hubiera soñado que se fijaría en mí. Líder y altivo, una mirada suya movía a todo el grupo. Los chicos le seguían y las chicas suspiraban por sus huesos. Y yo era la envidia de todas ellas por haberle sabido engatusar. Ahora bien, todavía no sabía cómo. Ni yo misma me creía que el tipo duro de la clase, el más guapo de todos, se hubiese fijado en mí.

Era lógico, pues, que sus deseos fuesen órdenes para mí.

¿Cómo pude ser tan tonta? Pero eso es fácil decirlo ahora que ha pasado un tiempo y veo las cosas desde la distancia. Cuando estás poseída por la pantalla del enamoramiento, todo lo ves bajo el prisma que te interesa y tu chico te parece perfecto, haga lo que haga y diga lo que diga; por mucho que sus acciones y palabras te degraden y pisoteen

tu autoestima hasta límites insospechados. Pero, en esos instantes, no ves nada de lo que no te interesa ver. Ni siquiera escuchas las opiniones de las personas cercanas que sabes, a ciencia cierta, que no te van a engañar.

La verdad es que nunca me sentí sola. Siempre tuve buenos amigos a quienes comentar mis preocupaciones. Y esos amigos los supe compartir con otros que se encontraron perdidos, que se abatieron a la primera de cambio o que, simplemente, se aburrían de todo lo que esta sociedad ponía a su alcance y querían pasar un buen rato sin fingir delante de nadie. También estaban mis padres, por supuesto, pero a veces pensamos, sobre todo en algunas épocas de nuestra vida, que ellos son de otra pasta, que no nos van a entender porque no son jóvenes o no son modernos o, simplemente, porque son padres. Pero también eso lo descubrí mucho más tarde, después de haber vuelto loca a mi madre con mi «déjame, no me pasa nada» o de dar por perdida la comunicación fluida con mi padre cuando, a la más mínima queja, me salía con el «tenéis demasiadas cosas, no valoráis nada» y otras retahílas por el estilo. Lo malo es que tenía razón, pero yo, en mi papel de adolescente rebelde o pasota o vete a saber qué y con mi ceguera para apreciar lo que realmente tenía valor, era incapaz de reconocerlo. De mis dos hermanos pequeños, mejor ni hablo. Esos solo se encargaban de fastidiarme.

Ser uno mismo, sin perder el norte, es un camino duro. Para quienes se pierdan, les recomiendo los libros. El mejor refugio, incluso para perderse, una biblioteca. A mí, al menos, me sirvió, me sirve. Y mucho.

Allí me sumergí, en una biblioteca con mucha historia. No quería que fuese la de mi barrio. No. Quería una un poco

aislada de mi ámbito habitual para no encontrar a nadie conocido. Y no es porque mis amigos frecuentasen demasiado las bibliotecas ni tampoco porque me importase demasiado la opinión de los demás. Bastante me había afectado ya la opinión de William. ¡Menuda dependencia! No. Lo que buscaba era un poco de recogimiento, aunque esa palabra sonase algo monacal.

Y, precisamente, fui a parar a un antiguo monasterio que más tarde, y hasta 1966, fue una prisión. Sin pensármelo dos veces, me dirigí a la biblioteca de San Miguel de los Reyes.

Lo cierto es que cuando entras allí te sientes muy pequeña; aunque es posible que yo me sintiese así incluso penetrando en un hormiguero, de tan diminuta e insignificante como me sentía en aquellos momentos. Había visitado aquel monumental edificio en otras ocasiones, pero solo entonces, sin la compañía de mis compañeros y del profesor de turno que organizó la actividad, fui consciente de la magnitud de tan inmensa obra. Sin embargo, no tenía idea de la dimensión que mi pequeño paso iba a suponer en mi vida futura.

Así, como don Quijote, me sentí poderosa con mi lápiz y mi mochila como lanza y armadura. Mi capacidad para fantasear me convertía en una heroína en busca de alguna respuesta que, también como el ingenioso hidalgo, no llevaba preconcebida. En definitiva, solo entré allí para leer un rato. No sabía el descubrimiento que estaba a punto de caer en mis manos.

No puedo negar que siempre me sorprendió el modo en el que don Quijote salía airoso de las situaciones, pese a ser vapuleado, gracias a su ingenio e imaginación. Y como